

EL IMPACTO DE LA REVOLUCION FRANCESA EN LA CONCEPCION DE LOS EJERCITOS

POR

ARMANDO MARCHANTE GIL

Origen y evolución de las organizaciones militares.

En la base de toda organización social se encuentra la necesidad de obtener seguridad para el conjunto de sus miembros; los hombres se han unido desde la Prehistoria para hacer frente conjuntamente a las amenazas y peligros de todo orden que amenazaban tanto sus existencias personales como la vida de la comunidad a la que pertenecían.

La seguridad comprende tantos aspectos como variados son los peligros que acechan a los individuos y a las comunidades políticas en las que se encuadran, pero en esta comunicación hay que ceñirse exclusivamente a la capacidad de respuesta de cualquier comunidad humana frente a las agresiones exteriores procedentes de otros grupos de hombres. «Homo homini lupus» y esto ha sido así desde la aparición de la especie humana sobre la tierra. Esta constante histórica es dudoso que pueda modificarse radicalmente con el avance de la civilización, aunque es evidente que la humanidad va realizando algunos progresos. Con el paso de los siglos, y singularmente por el influjo del cristianismo, la especie humana va tomando conciencia creciente de su verdadera naturaleza que la hace semejante a Dios y, con ello, se va «humanizando».

Por tanto, las causas de conflicto a gran escala van disminuyendo, situación a la que ha contribuido no poco el progreso técnico que hace cada día más realizable un grado tal de destrucción que pondría en peligro a toda la especie humana. De

tal modo, si no deja de ser un sueño la paz universal, puede que ya no lo sea tanto descartar la posibilidad de conflictos bélicos generalizados como los que nos ha deparado este siglo xx, ya en su tramo final.

En las primitivas comunidades humanas aparece entre sus miembros una diferencia de funciones que permite atender de modo solidario las diferentes necesidades del grupo. De acuerdo con las teorías que consideran la caza como la primera actividad de los grupos humanos, surge ya en ellos la diferenciación entre el cazador y el resto de la comunidad, singularmente las mujeres y los niños que desarrollan otro tipo de actividades; aquellas que más allá de la simple función de atender al aprovisionamiento de subsistencias mediante la caza.

El paso de hombre cazador a hombre guerrero es muy sencillo, simple y natural, puesto que entre ambos cometidos existe un evidente parecido; las técnicas que deben utilizarse son las mismas, así como las armas necesarias. Tal vez la única diferencia en este aspecto haya sido la marcada por la aparición de las armas defensivas, singularmente el escudo, elemento que no es en absoluto necesario en la caza de animales, pero sí lo es cuando se trata de enfrentarse con un semejante. He aquí el primer paso que marca la aparición del hombre guerrero como derivado del hombre cazador.

A medida que la estructura social se va perfeccionando la función bélica va adquiriendo una entidad propia que exige la constitución de un órgano específico para desempeñarla. En los primeros estadios culturales la figura del guerrero aparece de forma aislada como una ocupación alternativa a la de la caza, pues la lucha contra otros grupos tiene también carácter esporádico; en el momento en que el aumento de la población pone más cerca unos de otros a los distintos grupos o tribus los enfrentamientos cobran un carácter más permanente y es preciso construir un grupo estable encargado de la defensa. Así aparecen las primeras organizaciones militares.

Bajo los grandes soberanos conquistadores del Oriente Próximo y Egipto las organizaciones militares han logrado ya un

enorme desarrollo que hace posible la aparición y supervivencia durante muchos siglos de los grandes imperios egipcios, persas y asirios. Sin embargo, en la literatura épica de Homero se comprueba fácilmente que, frente a los ejércitos orientales, en Grecia predomina y se cuida especialmente la figura del paladín individual a cuyo lado el resto de los combatientes, como ocurre en la guerra de Troya, no son más que simples comparsas que rara vez merecen algo más que un leve comentario del poeta.

Esparta representa en la antigüedad el ejemplo más acabado de Estado militar. Todos los ciudadanos sirven con las armas al Estado en tanto que sus propiedades inalienables son cultivadas por sus siervos ilotas. Los ciudadanos son educados por el Estado desde los siete hasta los veinte años, pero con una formación únicamente militar y deportiva. Entre los veinte y los sesenta años sirven en el ejército pero, a cambio, el Estado está totalmente en sus manos, pues ellos componen exclusivamente la Asamblea que lo gobierna mediante la elección de veintiocho miembros de la gerusía o Senado, en tanto que los ilotas y los periecos, especie de ciudadanos degradados, carecen de todo derecho político. Dos reyes, jefes del Ejército, cinco éforos que administran el Estado y los gerontes que imparten la justicia cierran un sistema en el cual la organización militar domina absolutamente el sistema político. En Esparta el Ejército se confunde con el Estado.

Durante las guerras púnicas, tanto romanos como cartagineses buscan con ahínco la creación de un instrumento bélico que permita hacer frente a la amenaza que por mar y por tierra cada uno suponía para el otro. No obstante, la diferenciación entre los ejércitos y los órganos políticos subsistía en ambos casos. Recordemos, por ejemplo, las amargas quejas de Aníbal ante la actitud suicida y pasiva de lo que hoy llamaríamos la clase política cartaginense al negarle los recursos que necesitaba para culminar su campaña en Italia. Al final, tal ceguera acarrió la ruina definitiva de Cartago y la implantación de las legiones romanas como modelo de organización militar. Fue precisamente la decadencia del Imperio romano lo que produjo el fenómeno del

pretorianismo con la frecuente intromisión de las legiones en la elección de emperador, título que recaía con frecuencia en algún ilustre general que se había distinguido por sus brillantes campañas y que contaba con la adhesión de sus legiones. Cuando éstas estaban divididas la guerra civil se hacía inevitable; pero hay que añadir que los grandes emperadores de los siglos II y III llegaron por esta vía a la dignidad imperial y retrasaron mucho tiempo la inevitable decadencia de Roma.

Las invasiones bárbaras suministraron un nuevo ejemplo de pueblos que se confundían con sus estructuras militares a la vez que abrían la puerta a la dispersión del poder que supuso el feudalismo. Poder disperso y estructura militar dispersa también, pues eso es, en esencia, el sistema feudal. En él, las contiendas señoriales suponen de nuevo la aparición de los paladines individuales; tipo bélico que habría de pasar a la literatura épica europea como siglos antes lo habían hecho los héroes homéricos. Lo importante es el Cid y no su mesnada, constituida en definitiva por aquellos de sus siervos especializados en la lucha armada y movidos exclusivamente por la lealtad debida a su señor natural. Cuando la importancia de la lucha exigía el empleo de mayores contingentes de combatientes, como fue el caso de las Cruzadas o de las grandes batallas de la Reconquista española, se procedía a constituir un agregado de mesnadas señoriales y reales que se dispersaban una vez concluida la campaña o la batalla y, a veces, incluso antes de iniciarse.

En la península italiana aparece el interesante fenómeno de la «condotta» o ejército privado que se alquila a tal o cual señor o república para realizar determinada campaña en condiciones minuciosamente pactadas antes de emprenderla, tanto en cuanto a su duración como en cuanto al pago y demás condiciones. Como lógica consecuencia del sistema, el arte de la guerra se limita a la ejecución táctica, siempre repetida, de los mismos movimientos y marchas que hacían semejantes las campañas a los movimientos en un tablero de ajedrez. Si uno de los contendientes alcanzaba lo que se llamaba un «bella posizione», el adversario, o más bien oponente, reconocía de buen grado su de-

rrota sin que ninguno de los contendientes sufriese un rasguño, lo cual presentaba, entre otras, la ventaja de que la «condotta» en cuestión pudiese contraer nuevos y sustanciosos acuerdos con otro señor.

Este sistema táctico y los asedios, resueltos las más de las veces por el hambre o las epidemias más que por la pura acción bélica, era la versión itálica del arte de la guerra. Ello no empece para que, en algunas ocasiones, se diesen batallas sangrientas, coincidentes casi siempre con la lucha entre milicias ciudadanas o bien con motivo de las frecuentes invasiones germánicas de la península italiana. En el siglo xv y xvi se unieron a ellas las ambiciones de los reyes españoles y franceses sobre las débiles organizaciones políticas italianas.

Por este estado de cosas pudo escribir Maquiavelo que «contratar mercenarios es cosa reprobable y pernicioso». El florentino proponía el reclutamiento forzoso entre los ciudadanos mejor preparados para tomar las armas. En cuanto a los mandos decía que «una república prudente no debe pagar a sus mandos militares; en guerra debe tomar a sus jefes de entre los ciudadanos y en paz devolverlos a sus habituales obligaciones». Lo cierto es que estas opiniones no resultaron ser muy útiles en la práctica frente a los ejércitos franceses y españoles que, al fin, dominaron casi toda la península italiana durante dos siglos.

La aparición de los ejércitos modernos.

Cuando a lo largo del siglo xv se van constituyendo los nuevos Estados modernos, singularmente alrededor de las monarquías española, francesa e inglesa, hace su aparición en la escena histórica un nuevo tipo de organización armada con carácter permanente que se va a convertir en el instrumento militar de la nueva entidad política que nacia: el Estado moderno.

Como la monarquía era la forma política del Estado, obviamente los ejércitos habían de ser una organización al servicio de la Corona. De tal forma, la persona del monarca se convierte

en punto de referencia de los hombres de armas que trasladan la antigua relación de vasallaje y lealtad a un «señor natural», a la persona del rey.

De tal modo es la Corona quien, en contrapartida, debe atender al reclutamiento, organización y sostenimiento de los ejércitos, que son ejércitos reales substancialmente. Se da así un paso muy importante en cuanto al concepto de la organización militar como sistema unitario al servicio del rey. Nadie sino el rey puede reclutar ejércitos; así se puede apreciar, por ejemplo, en el sistema español de reclutamiento. Cuando el rey decidía la realización de una leva, extendía la «conducta» o contrato a los capitanes para que, siempre en su nombre, pudiesen reclutar voluntarios para servir en los Tercios o en la Armada. El recluta, en el momento de firmar el compromiso, se comprometía a obedecer a sus jefes, defender la Cristiandad y la Santa Fe Católica y «guardar y conservar los Reinos y Provincias de su Rey y a las que le fueran desobedientes y enemigas castigarlas y conquistarlas por su valor y armas». La fórmula permitía, como así fue, la integración en los Tercios españoles de soldados procedentes de todas las naciones sobre las que se extendía la soberanía de la monarquía española, singularmente de los Países Bajos, Alemania e Italia.

Esta concepción de los ejércitos como instrumento al servicio de la Corona pervivió durante los siglos XVI, XVII y XVIII en toda Europa. La Guerra de los Treinta Años fue, sin duda, la conflagración más dura y mortífera de cuantas protagonizaron este tipo de ejércitos. A su final Centroeuropa había quedado devastada y los efectos de la guerra se hicieron notar hasta ya entrado el siglo XVIII, cuando la aparición de los ejércitos prusianos introdujo un nuevo factor militar en la zona, una vez que la monarquía española, como consecuencia de la Guerra de Sucesión, había perdido ya definitivamente su presencia en los Países Bajos y en Italia.

El segundo rey de Prusia, Federico Guillermo I creó un poderoso instrumento militar basado en la obligatoriedad del reclutamiento en el que, a veces, se utilizaban métodos brutales. Su

sucesor, Federico II, pasó de 76.000 soldados en 1740 a 135.000 en 1752, lo que suponía el 4 % de la población. Con ese ejército libró la Guerra de los Siete Años, en la que los rusos ocuparon Berlín y el reino casi fue destruido; al final, el zar Pedro II salvó a Federico del desastre y permitió incluso que Prusia se anexionase Silesia (1763).

Las reformas de los soberanos «ilustrados» del siglo XVIII se dirigieron también hacia la mejora de los ejércitos que, en definitiva, eran su instrumento personal para llevar a cabo una política internacional en la que predominaba la defensa de sus intereses dinásticos. Las reformas alcanzan tanto a los aspectos técnicos —como la reforma artillera de Gribeauval en Francia o las de Federico en Prusia— como a la organización, reclutamiento e instrucción. Así, el emperador José II implantó un sistema de reclutamiento capaz de matener sobre las armas un ejército de 140.000 hombres. En los Estados hereditarios que componían el Imperio, los reclutas eran designados por los señores y en el Tirol, donde no existía el régimen feudal, eran los municipios los encargados de aquella designación. Ahora bien, el espíritu de los ejércitos como pertenecientes a la Corona permanecía igual.

Los ejércitos permanentes al servicio de los monarcas fueron un instrumento de humanización de las guerras. Openheim escribe que: «... la evolución de las leyes y usos de la guerra no hubiera tenido lugar sin la creación de los ejércitos permanentes..., sin su disciplina hubiera sido imposible humanizar las prácticas bélicas... y, sin ellos, no hubiera surgido la importante diferenciación entre fuerzas armadas y personas privadas...».

Como la disciplina era brutal, haciendo buena la frase de Federico II en el sentido de que a los soldados «se les debe hacer temer a los oficiales más que al peligro», la táctica se limitaba a los movimientos en orden cerrado, es decir, a la vista de los oficiales para evitar desertiones. Como la Guerra de los Siete Años (1755-1763) ocasionó un elevado número de bajas en los ejércitos que se cifran en un 25 % de los efectivos empleados, con puntas como la de Federico II en Torgau, donde perdió el

30 % de sus efectivos, o los rusos en Zorndorf, donde en un solo día perdieron el 50 % de sus hombres, se produjo una reacción contra las batallas, que terminaron siendo sustituidas por las maniobras, reproduciéndose así, en cierto modo, la situación de la Italia renacentista.

Sir John Fortescue escribe, refiriéndose a la segunda mitad del siglo XVIII, que... «el objetivo de una campaña no era en aquellos tiempos buscar al enemigo y batirle. Los mejores tratadistas prescribían dos alternativas, a saber: luchar con ventaja o subsistir confortablemente. Una subsistencia confortable suponía, en el mejor de los casos, vivir a expensas del enemigo. Se consideraba eminentemente satisfactoria una campaña en la que el ejército vivía en país enemigo aunque no se hubiese disparado un solo tiro».

Por su parte, un autor italiano, Guglielmo Ferrero, escribe que: «... la guerra con restricciones constituía uno de los más altos logros del siglo XVIII. Pertenece a una clase de plantas de invernadero que sólo pueden darse en una civilización aristocrática y cualitativa. Ya no somos capaces de ello, se trata de una de las cosas hermosas que hemos perdido como resultado de la Revolución francesa...».

Ya el conde de Guibert (1737-1794) escribía en su «Tratado general de táctica», publicado en 1774, que las guerras cortes de maniobras sin efusión de sangre y de rendiciones honrosas sólo eran aparentemente baratas, puesto que dejaban los problemas políticos sin resolver». Imaginemos, decía, que surgiera en Europa un pueblo fuerte, de genios, con recursos y comprensión política y que uniera a esas virtudes capitales y a la existencia de una milicia nacional, un plan fijo de engrandecimiento que no perdiera jamás de vista; un pueblo que sepa hacer la guerra a bajo precio y mantenerse con sus conquistas..., le veríamos subyugar a sus vecinos y derrocar, como el viento del norte quiebra los frágiles juncos, nuestras débiles constituciones...».

Era un aviso de que el tiempo de los ejércitos reales estaba a punto de pasar. No sólo por el agotamiento de un sistema táctico.

tico que exigía para su funcionamiento la aceptación por todas las partes implicadas de las mismas reglas de juego, sino porque el progreso técnico iba exigiendo, cada vez con más insistencia, el aumento de efectivos y, consiguientemente, poniendo a disposición de los ejércitos más medios de fuego y maniobra.

A finales del siglo XVIII la concepción de los ejércitos como medios al servicio de la Corona, con efectivos relativamente poco numerosos, mandados por oficiales procedentes de la nobleza sin ninguna preparación especial, constituidos por hombres llevados a filas mediante procedimientos más o menos violentos y con una logística prácticamente inexistente o muy poco desarrollada, estaba ya en crisis. Aunque se tratase de poner remedio a estos males mediante la contratación de mercenarios extranjeros que solían constituir cuerpos especiales o fundando Academias Militares para formar a la oficialidad, la crisis militar estaba en el ambiente. Era, en definitiva, parte de la crisis de un sistema de vida plasmado en lo que se ha dado en llamar por comodidad Antiguo Régimen.

La Revolución había nacido ya en las ideas de los «filósofos» y enciclopedistas y su penetración en los centros nerviosos de la sociedad y del poder era ya muy grande, singularmente en la corte francesa. Cualquier chispazo prendería fuego a una hoguera repleta de material combustible. La convocatoria de los Estados Generales fijada por Luis XVI para el día 5 de mayo de 1789 en Versalles fue la chispa que encendería el polvorín revolucionario.

La Revolución y sus ideas sobre la guerra y los ejércitos.

La primera consecuencia de los principios revolucionarios era retirar a los reyes el derecho de declarar y hacer la guerra para atribuírselo a la representación de la llamada soberanía nacional, es decir, al Parlamento.

Mirabeau, ya el 20 de mayo de 1790, ante la Asamblea francesa se preguntaba: «¿Estaremos más seguros de tener sólo gue-

rras justas y equitativas si se delega exclusivamente en una Asamblea de 700 personas el ejercicio del derecho de hacer la guerra? ¿Habéis previsto hasta qué extremo pueden los movimientos apasionados, la exaltación del valor y de una falsa dignidad, traer y justificar la imprudencia? Mientras que un miembro cualquiera propondrá el estudio y la deliberación, se pedirá la guerra a gritos y veréis a vuestro alrededor toda una masa de ciudadanos. No seréis engañados por los ministros, pero, ¿no lo seréis alguna vez por vosotros mismos? Observad los pueblos libres, siempre se han distinguido por las guerras más ambiciosas y más bárbaras...».

Eran palabras proféticas pues dibujaban claramente un futuro en el que las guerras dejaban de ser algo regulado por reglas limitativas para convertirse en lo que terminaría por ser la llamada «guerra total» que asolarían a Europa durante siglo y medio. Se iba a pasar de la guerra limitada a la guerra indiscriminada y absoluta.

Aunque en un primer momento la Revolución parece aspirar sólo a la implantación de una Monarquía parlamentaria, pronto los acontecimientos se precipitan, en parte por la indecisión de Luis XVI y el abandono en que le dejan quienes deberían haberle apoyado, pero esencialmente por la acción de los elementos revolucionarios que aspiraban a la implantación de una dictadura para, por medio del terror, imponer sus ideas a todo el cuerpo social no sólo en Francia sino en el resto de Europa.

Siendo el Ejército una pieza clave del poder monárquico, su desaparición estaba descontada. Las vacilaciones del rey en cuanto al adecuado empleo de las fuerzas de que disponía, singularmente su propia Guardia Real, compuesta de soldados suizos a quienes Luis XVI ordenó regresar a sus cuarteles cuando fueron asaltadas las Tullerías y causó la muerte de 300 suizos. En el Ejército real los conflictos entre la oficialidad aristocrática y los soldados «patriotas» terminaron con la disciplina; a la vez muchos oficiales decidían pasar a la emigración dado el rumbo que tomaban los acontecimientos. De este modo, el antiguo Ejército se iba disolviendo como un azucarillo en el agua, siendo susti-

tuido por la Guardia Nacional a la cual podían acceder todos los ciudadanos que lo desearan con la única condición de atender a su propio mantenimiento.

Para hacer frente a las reacciones que se estaban registrando en Europa, la Asamblea Constituyente declaró el 22 de mayo de 1790 que «la nación francesa renuncia a emprender ninguna guerra con fines de conquista». Los hechos fueron otros, pues un mes después la misma Asamblea reafirmaba el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos llevando al plano internacional los principios de la llamada soberanía nacional y legitimando de antemano cualquier guerra contra otros países en nombre de la libertad de los pueblos. Precisamente este principio iba ser el fundamento de todas las guerras que emprendería la Revolución y luego, inicialmente, Napoleón.

La fracasada huida del rey, en junio de 1791, y su detención provocó la Declaración de Pilnitz en la cual el emperador Leopoldo II y el rey de Prusia, Federico Guillermo II, se comprometían en favor de Luis XVI. La Asamblea Constituyente decretó la movilización de la Guardia Nacional y la admisión en filas de 100.000 voluntarios para hacer frente a la amenaza extranjera.

La Asamblea Legislativa, que sucedió a la Constituyente, deseaba la guerra, movida en la forma que había pronosticado Mirabeau, de modo que, cuando el general Dumouriez propuso a la Asamblea la declaración de la guerra a Austria, su propuesta fue aprobada casi por unanimidad. Era abril de 1792 y Francia se embarcaba y embarcaba a Europa en una serie de guerras que habían de durar casi sin solución de continuidad hasta 1815 y costar millones de muertos.

Aparecieron entonces los entusiastas ejércitos de la Revolución donde algunos oficiales procedentes del antiguo Ejército real y una gran mayoría de mandos improvisados encuadraban a masas revolucionarias que marchaban hacia el norte cantando un sanguinario himno compuesto en Marsella por Rouget de L'Isle. Este ejército improvisado fue rechazado en la frontera belga y se retiró en desorden hacia Lille y Valenciennes, a la

vez que asesinaba a alguno de sus generales acusados de traición. La Asamblea declaró a la Patria en peligro e instauró un régimen de excepción que abriría paso al Terror. En estos acontecimientos tuvo gran responsabilidad una insensata proclama del duque de Brunswick (25 de julio de 1792) en la que el jefe de los ejércitos aliados, general de la vieja escuela, amenazaba a la capital con una ejecución militar si se atentaba contra Luis XVI. La Fayette intentó marchar con los restos del ejército sobre París para restablecer la Constitución, pero el Ejército no existía ya. El golpe de gracia se lo daría la Asamblea al enviar «comisarios de los ejércitos» con poderes para suspender en sus funciones, detener y procesar a los generales y oficiales, perseguir a los sospechosos de ser «enemigos del pueblo» y utilizar como rehenes a las familias de los emigrados.

Los aliados, entretanto, proseguían su acción militar y ocupaban Longwy y Verdún el 1 de septiembre; pero la movilización decretada por la Asamblea y el impulso patriótico y revolucionario de los voluntarios y de los miembros de la Guardia Nacional —que eran los burgueses favorecidos por la Revolución— logran contener en Valmy el 20 de septiembre a los ejércitos aliados en la última de las batallas a la antigua usanza, donde lo más importante fue el cañoneo de la artillería y los movimientos tácticos. Un día más tarde se proclama la República francesa; a la vez, en Valmy, había cambiado el panorama militar y los ejércitos revolucionarios, perdido el sentido de inferioridad ante los ejércitos reales, invaden Saboya y ocupan Niza, mientras que el general Custine, en la línea del Rin, logra alcanzar Spira, Worms, Maguncia y llega hasta Francfort. A principios de noviembre, Dumouriez bate en Jemmapes a los ejércitos austríacos y ello le permite ocupar Bélgica que, junto con Renania y Basilea, iban a ser anexionadas a Francia en nombre de la idea revolucionaria de «fraternidad y socorro a los pueblos oprimidos». Era el primer triunfo de los ejércitos revolucionarios.

Ejecutado Luis XVI, toda Europa se coaliga de nuevo contra la Revolución. La Convención declara la guerra a Inglaterra,

Holanda y España, y Domouriez ocupa Amsterdam, lo que produce como reacción aliada que en la primavera de 1793 un ejército de 300.000 hombres se concentre en la frontera del Rin para invadir Francia. Para hacer frente a la amenaza, provocada por ella misma, la Convención decreta la movilización general, pero ya la burguesía siente enfriado su ardor revolucionario y en el campo la repugnancia hacia el reclutamiento forzoso es una de las causas de la sublevación de la Vendée y origen de múltiples motines.

Los éxitos aliados, que suponen la invasión de Francia por el norte y por el Rosellón, hacen intensificar el Terror que alcanza al general Custine, quien por la pérdida de Maguncia es guillotinado. La Dictadura del Terror logra movilizar todos los recursos de una nación tan poblada entonces como Francia, organiza la guerra total y mediante la movilización forzosa crea un ejército de un millón de hombres debidamente pertrechados. Este instrumento militar utiliza ya una nueva táctica, que consiste no en deshacer los ejércitos enemigos mediante el movimiento sino en aplastarlos y destruirlos totalmente; usando la superioridad numérica de un millón de hombres frente a trescientos mil. De este modo la invasión no sólo es rechazada sino que los franceses ocupan de nuevo Bélgica, llegan al Rin y reconquistan el Rosellón y Saboya junto con Tolón, entregado a los ingleses y recuperado por unos soldados que tenían entre sus oficiales a Napoleón Bonaparte. Así se deshace la coalición contra Francia en el otoño de 1794, mientras que el general Pichegru ocupa Holanda. La guerra termina con el Tratado de Basilea (5 de abril de 1795), que llevaba la frontera francesa hasta el Rin y Holanda. Sólo quedaba Inglaterra frente a Francia, pero la concepción de la guerra había cambiado ya.

La transformación revolucionaria de la guerra y de los ejércitos.

Había escrito Montesquieu que «las naciones deben hacerse mutuamente el máximo bien en tiempo de paz y el menor daño

posible en tiempo de guerra, sin perjudicar por ello sus propios intereses». El consejo, que era moneda corriente en la época en que escribía Montesquieu, fue definitivamente arrumbado por la Revolución francesa introductora de una idea tan terrible como la de la guerra total que suponía la exterminación del enemigo hasta el mayor grado posible.

Así, el decreto de la Convención de 23 de agosto de 1793 sobre el alistamiento en masa decía, «desde este momento y hasta que nuestros enemigos hayan sido expulsados del territorio de la República, todos los franceses quedan sometidos permanentemente al servicio de los ejércitos. Los hombres jóvenes deben luchar, los casados habrán de forjar las armas y transportar los suministros; las mujeres confeccionarán tiendas y uniformes y servirán en los hospitales; los niños trasformarán la ropa blanca vieja en vendajes; los viejos serán llevados a las plazas públicas para elevar la moral de los combatientes y predicar la unidad de la República y el odio a los reyes».

Tonybee dice que la lectura de esta ley, aprobada por aclamación, fue recibida con ovaciones por unos hombres que creían sinceramente que se estaban liberando a sí mismos de la tiranía. La verdad es que estaban introduciendo en la historia un principio que iba a suponer un retroceso para llegar a la barbarie de las guerras totales que hemos presenciado en el siglo xx. Clausewitz, comentando este principio dice: «Por la fuerza y energía de sus principios, por el entusiasmo que despertó en el pueblo, la Revolución francesa arrojó todo el peso de dicho pueblo y todas sus energías en la balanza que hasta entonces sólo había sentido el peso de un ejército limitado y de los ingresos restringidos del Estado... La acción prodigiosa de la Revolución francesa se debe en menor grado al empleo de nuevos métodos militares... que al hecho de que otros gobiernos no supieron apreciar las nuevas condiciones, tratando de hacer frente con métodos ordinarios a un despliegue de fuerzas superiores; esta es la causa de todos sus errores políticos».

Es decir, que la guerra limitada y reglamentada del siglo XVIII era sustituida, debido a las ideas de la Revolución, por

una guerra total en la que tomaba parte toda la población. El concepto era absolutamente nuevo, salvo casos aislados, como las destrucciones de Sagunto, Numancia, Cartago o Jerusalén, y sus consecuencias no es necesario describirlas, pues las hemos padecido los hombres del siglo XX en nuestras carnes.

Había comenzado la época de las guerras nacionales que llevaban a la lucha todas las energías materiales y espirituales de una nación; no estaban en juego intereses dinásticos, ni la conquista o posesión de un territorio sino el destino de naciones enteras a quienes la derrota había de marcar para una o dos generaciones.

El sistema de reclutamiento forzoso con carácter general era capaz de cambiar los fundamentos del arte militar. Hasta entonces los soldados eran difíciles de obtener y debían ser conservados; a partir de la Revolución se convertían en algo abundante y fácil. Las batallas no tenían por qué ser rehusadas sino buscadas por muy elevadas que fuesen las bajas. Las campañas napoleónicas, tan costosas en vidas humanas, hubiesen sido imposibles sin el reclutamiento forzoso. El mismo Napoleón, en varias ocasiones, se jactaba de que podía permitirse el lujo de perder 30.000 hombres en un mes sin debilitar sus fuerzas.

Tonybee muestra su perplejidad por el hecho, demostrado históricamente, de que la democracia surgida de la Revolución francesa no sólo no pudo actuar contra la guerra sino que, por el contrario, contribuyó positivamente a ella. La respuesta radica en el estudio de la naturaleza humana, en la que libran combate dos fuerzas antagónicas: la relación de cohesión hacia aquellos que forman parte del propio grupo social y la de oposición hacia los que son ajenos al mismo. Platón, en la *República*, hace decir a Polemarco, que «Justicia es ayudar a los amigos y dañar a los enemigos». Siglos más tarde, Hume afirma que «en la guerra anulamos nuestro sentido de justicia y amistad y lo sustituimos por la injusticia y la hostilidad». El hombre es fruto de miles de generaciones que le han legado sus instintos salvajes de tal manera que, aunque la civilización y el cristianismo hayan influido positivamente sobre sus instintos, no los han eliminado

del todo. Ahora bien, la democracia no tiene como fundamento el amor al prójimo, sino el sentimiento de pertenecer a una organización social superior a aquella a la que no se considera democrática; fomenta, pues, la oposición y el odio hacia aquellas otras organizaciones sociales o naciones no conceptuadas como democráticas. De esto tenemos ejemplos a diario con sólo leer, ver o escuchar a los medios de comunicación social. He ahí por qué la democracia nacida de la Revolución francesa no fomentó la paz sino la guerra en la peor de sus expresiones, que es la guerra total.

En Valmy 34.000 prusianos se enfrentaron a 52.000 franceses, produciéndose 300 bajas a los franceses entre muertos y heridos y 184 entre los prusianos; en realidad la batalla sólo fue un conjunto de movimientos tácticos a la antigua usanza y un cañoneo que concluyó con la negativa del duque de Brunswick a presentar batalla. Hubiera sido una batalla típica del Antiguo Régimen si los franceses no hubiesen contado en sus filas con generales que querían congraciarse con los nuevos poderes y voluntarios movidos por el afán revolucionario. Por ello tuvo razón Goethe, testigo de la batalla, cuando, dirigiéndose a sus compañeros de aquel día, escribió de ella así: «A partir de este lugar y de este día se inicia una nueva era en la historia del mundo; todos vosotros podéis jactaros de haber asistido a su nacimiento». Lo que no sospechaba Goethe era que esa historia iba a ser terriblemente sangrienta.

La primera prueba palpable de ello la tenemos en la amplitud y desarrollo de las guerras napoleónicas. No olvidemos que Napoleón era el hijo de la Revolución o la Revolución a caballo, como se dijo. El concepto de nación en armas le sirvió para crear sus numerosos ejércitos de los que hizo un empleo magistral. Stendhal señala que el espíritu del ejército de Napoleón fue variando con el tiempo. «Bravo, republicano, heroico en Marengo, se fue volviendo cada vez más egoísta y monárquico. A medida que los uniformes fueron llenándose de galones y de cruces, los corazones que cubrían fueron siendo menos generosos».

Esto es verdad, pero no lo es menos que las victorias napoleónicas tuvieron como resultado la implantación, con carácter general, del nuevo modelo de Ejército nacional, basado en un sistema de reclutamiento general y obligatorio. Coadyuvó notablemente a ello la experiencia del levantamiento de España contra el invasor, pues mientras los ejércitos del Antiguo Régimen mostraron su incapacidad para reaccionar debidamente ante los ejércitos napoleónicos, fue el espíritu popular, movido en gran parte por el amor a la religión y a la monarquía, el que logró movilizar a la nación contra el invasor y, en definitiva, ganar la guerra.

Ahora bien, el cambio se impuso en la misma Francia de la Restauración. Se instauró un sistema de depuraciones dirigido por el Ministro de la Guerra de Luis XVIII, nuestro viejo conocido el general Dupont, derrotado en Bailén. Se trataba de recuperar hasta donde fuera posible a los oficiales del antiguo Ejército real y eliminar a los forjados en los ejércitos de Napoleón por miedo a su bonapartismo. Los mayores perseguidores y depuradores de los viejos cuadros napoleónicos fueron antiguos generales y mariscales del Imperio, pasados ahora al realismo de los restaurados Borbones, situación que tantas veces se ha repetido en la historia. Algunos de los antiguos generales del Imperio, como Gouvion Saint-Cyr, Dupont, Soult, Víctor, Latour-Maubourg y otros, participan en una depuración de sus antiguos compañeros y subordinados que supuso el retiro sin pensión de 150 generales y de 1.500 oficiales, en tanto que se introducían en el Ejército sistemas de espionaje policíaco y se dejaban los ascensos y destinos a la arbitrariedad del ministro de turno, mientras se reducían los efectivos a 150.000 hombres. Para tratar de reducir el descontento militar se utilizó la expedición a España de los llamados Cien Mil Hijos de San Luis dirigida por Angulema. La escasa gloria alcanzada fue bien administrada por la monarquía en espera de tiempos mejores para el Ejército francés. Las depuraciones lograron eliminar a los cuadros bonapartistas del Ejército pero el espíritu de los recién llegados no era ya aristocrático y realista sino burgués y nacional.

Proceso parecido se dio en España; aunque aquí el carlismo

y sus ejércitos conservaron en parte el espíritu del ejército tradicional del Antiguo Régimen hasta que el Convenio de Vergara, ya en 1840, impuso también el modelo de ejército burgués y liberal más inclinado a las contiendas interiores que a otra cosa.

La era de los antiguos Ejércitos reales había pasado ya y su sucesor, el Ejército nacional, se consolidaría para servir de soporte a la burguesía que, en definitiva, con la instauración del sistema liberal parlamentario de partidos fue la beneficiaria de la Revolución al conquistar el poder político. Es en este marco institucional donde el fenómeno de la guerra va a adquirir su más amplio y terrible desarrollo como fruto envenenado de la Revolución de 1789.